

F.J. ZORNOZA

LAS LLAVES
DE LA
MVERTE

A Emilia, Anna y Maria.

Copyright © 2017 F.J. Zornoza

Todos los derechos reservados.

© Diseño de Cubiertas e imagenes : Kubells

Corrección: María Loreto Navarro

Publicado en createspace

Publicado marzo 2017

SBN-1 3: 978-1 54033281 3

ISBN-1 0: 1 54033281 0

F.J. ZORNOZA

LAS LLAVES
DE LA
MVERTE

«Y cuando yo le vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas: yo soy el primero y el último; y el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves del infierno y de la muerte».

Apocalipsis 1:17—18

CAPÍTULO I

DICIEMBRE DEL AÑO DE NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO DE MLXXXIX

VILLA DE UNCASTILLO

Las pinzas abrazaron con ímpetu el diminuto fragmento de metal. Al soltarlo con suma delicadeza, la aleación de plomo y cobre levitó dubitativa en el kerotakis, alcanzando un aspecto resplandeciente por el efecto del calor prolongado.

Indiferente el alambique destilaba una densa sustancia luminosa de intenso azul celeste; como los amaneceres estivales, como la vida. Y en la penumbra de la mágica estancia adquiría tonalidades embriagadoras al mezclarse con el rojizo fulgor del fuego que caldeaba el aparato, iluminando e integrando al absorto alquimista.

Aunque cristiano de cuna, podía recordar aquellos antepasados suyos que mutaron la media luna en pesada cruz. Con tal de no dejar sus tierras. Sus vidas. Sus posesiones. Prefiriendo con tan pragmática decisión, abandonar su Dios y sus costumbres antes que su hogar.

El oscuro y húmedo laboratorio, oculto a miradas imprudentes e ignorantes, sería el único testigo de sus lentos pero inexorables avances.

Bartolomé de Sádaba nunca fue un hombre corriente. Desde que siendo casi un niño cayó por ca-

sualidad en sus manos “El libro de las piedras”, del maestro árabe Geber, se inició en el estudio de la takwin viéndose sin pretenderlo envuelto y atraído por todo aquello que desde lo más profundo de la razón escapaba a la mayor parte de razones que le rodeaban.

Lo aparentemente imposible, apareció desde entonces ante él como único motivo y objetivo primordial en su existencia. La creación de vida artificialmente fue la chispa que encendió su inagotable curiosidad y despertó su más profundo interés.

Dedicó su juventud al estudio secreto de multitud de manuscritos árabes. En muchos casos se trataba de antiguos pergaminos, griegos, egipcios, e incluso persas que el Islam había sabido hacer suyos preservándolos de la destrucción y permitiendo que aquella abundancia de sabiduría no durmiese por siempre en el olvido de los tiempos. Eran aquellas obras prohibidas en toda la cristiandad, consideradas más próximas a la herejía que a la conveniencia. Su estudio y conocimiento podían suponer causa suficiente para que quién les dedicase atención fuese condenado por brujería. Nunca preocupó a Bartolomé esta posibilidad.

Su ansia de saber desenfadada no se detuvo en ese escalón y aprendió el lenguaje jeroglífico, el sánscrito y, por supuesto, el griego. Burló así el más tolerante ojo crítico y en ocasiones también censor del Corán, ampliando sus conocimientos más allá de las fronteras y los tiempos.

A través del estudio diario inició sus trabajos sobre la piedra filosofal y la panacea universal o elixir

de la vida. Además, leía y aprendía con tal avidez, que sin apenas darse cuenta adquirió múltiples y variadas destrezas en materias diversas que no siempre pertenecían a la disciplina alquímica. Alcanzó a comprender la cosmología, ampliar sus conocimientos tanto en filosofía oriental como occidental, además de dominar las matemáticas y la medicina, pero sobre todo aprendió alquimia.

Mientras tanto, atendía una vetusta y primitiva especie de consulta médica en la planta baja de su casa; y así obtenía el dinero para seguir investigando en secreto en el sótano de la misma.

En el momento en que el pliegue de sus labios esbozaba una ligera sonrisa, que reafirmaba que el trabajo que llevaba entre sus manos parecía culminarse con éxito, una estridente voz asustada le apartó de su trabajo.

—¡Maese Bartolomé! ¡Maese Bartolomé!

Aquellos gritos rompieron el silencio y su concentración. Aun y ensordecidos por los gruesos muros, indicaban que fuese cual fuese su causa debía tratarse de alguna cuestión urgente. El alquimista, a su pesar, abandonó su prometedor tarea y sin más dilación subió de dos en dos los romos peldaños que conducían a la vivienda principal.

—¿Qué sucede? ¿Podéis explicarme a qué obedece esta algarabía?

—¡Maese Bartolomé! ¡Se trata de vuestra es-

posa, que ya!

—¿Ya? ¡Tan pronto!

—Sí. ¡Ya! ¡Daos prisa, por Dios!

Los necesarios gritos de Francisca le habían interrumpido y aunque el motivo se antojaba de sobra justificado no acababa Bartolomé de desligarse mentalmente de aquello que llevaba entre manos. La presencia de aquella mujer no resultaba extraña. Mientras que él echaba horas sin medida dedicado a la investigación, Francisca compartía alegrías, secretos y pesares con su esposa, receta que con frecuencia afianza las amistades y fortalece los cariños.

La hermosa vecina enviudó unos meses atrás.

Un buen día su esposo, de profesión calderero, de carácter generoso y trabajador, jugó una partida a los dados con la muerte y otra con el destino. Perdió la primera, pero ganó la segunda. Como consecuencia de ello, tuvo que abandonar este maltrecho mundo en contra de su voluntad, no sin antes dejar preñada esa misma tarde a la bella Francisca.

Aquel día, agotado el plomo que precisaba para estañar el cobre y finalizada la última cacerola, no le quedó quehacer, y adelantó presuroso su regreso al hogar. Con toda la tarde por delante, y sin otro tipo de diversión más lisonjero, los jóvenes esposos embelesados retozaron con solaz y deleite, entregándose a la pasión en absoluta desmesura. Tras superar con virtuosismo inenarrable el tercer envite, se vieron en la merecida necesidad de reponer fuerzas.

Dispuso la esposa, agradecida y satisfecha, una más que suculenta cena: guiso de liebre adobada

con calabaza, habas y tomillo, sazonado a su vez con abundante canela y ajo. Comieron con las manos, mojando con trozos de miga de pan de centeno siguiendo la costumbre. Bebieron más vino del habitual alcanzando la desmesura. Hablaron y rieron como jamás habían bebido, comido, hablado y reído.

Los dedos chupeteados con complicidad anticipaban que tras el postre retomarían los juegos que habían abandonado. Sirvió Francisca un cuenco blanco, sin abalorios, rebosante de frutos secos pelados: almendras dulces, sabrosas nueces y avellanas crujientes recubiertos con abundante miel de romero; y otro más de mayor tamaño, también sin ornamentos, repleto a su vez de higos secos y jugosos dátiles.

Una pequeña abeja se posó sobre la dulce y viscosa sustancia, y quiso la mala fortuna que, perdido como andaba en los maravillosos ojos de Francisca, no advirtiese el enamorado esposo la presencia del inoportuno invitado. El sorprendido insecto, viéndose preso en la boca del hombre y con el único afán de defenderse de aquél ataque, clavó su aguijón sin ninguna piedad entre la lengua y la garganta del atónito marido. La desmesurada hinchazón provocó la inevitable y rápida asfixia y, con ella, el fatal e inespereado desenlace.

Observándola, resultaba notorio que ni el embarazo ni el posterior parto dejaron huella excesiva en su más que bien formado cuerpo. Sin embargo, el intempestivo fallecimiento de su malogrado esposo, el sinsabor de alumbrar una niña que jamás conocería a su padre y la extraña sensación de tristeza sobrevenida que ello conllevó, imprimieron su alma de ocultos

e imborrables estigmas. Disimulaba la amargura, pero la misma estaba latente en su perfecto rostro incluso cuando sonreía. Sus grandes ojos azules ya no tenían más lágrimas. Marchitos, nunca recuperarían el cautivador brillo de alegría que lucieron antaño.

Dotaba Francisca a sus movimientos de involuntaria gracia y necesaria celeridad; balanceábase sinuosa, sin siquiera pretenderlo. Bartolomé no pudo evitar contemplarla con cierta turbación y contenido deseo, debatiéndose entre la abnegada compasión y la rendida fascinación. Sin dejar de seguirla con pasos rápidos y firmes, y compungido por lo inadecuado de sus pensamientos, entró tras ella en la alcoba conyugal. Su esposa se retorció de dolor sobre el lecho gimoteando quejumbrosa, y de inmediato le liberó de sus tribulaciones retornándole a la realidad.

Había asistido a partos en otras muchas ocasiones, pero la proximidad emocional y el sufrimiento de Leonor le causaron inquietud, preocupación y un creciente temor.

Deseó poseer alguno de aquellos inútiles amuletos que usaban médicos y matronas exorcizando a las parturientas, pretendiendo así, que dejaran de sufrir. Aquellas técnicas supersticiosas y carentes de cualquier rigor científico resultaban tan inútiles como inofensivas, pero por momentos lamentó no haber creído en ellas para fortalecer su maltrecho ánimo.

—Francisca, por favor, vaya y caliente agua. Le aliviará los dolores. Diluya también dos libras de manteca al fuego, y déjela entibiar —ordenó compla-

ciente.

Colocó la palma de su mano extendida sobre el hinchado vientre y comprobó que el mismo se había endurecido en exceso. Reconocía una contracción y el dolor que las mismas producían. Duraría un poco más y remitiría, volviendo a repetirse con más fuerza y más dolor.

Por otro lado, se trataba de una situación natural que había visto muchas veces y, en principio, si la evolución era favorable y no aparecían contratiempos, no exigiría mayores atenciones.

Pero a su vez había asistido a muchos partos con diversas complicaciones: problemas para la madre, problemas para el niño, problemas para ambos. Al instante un sudor frío recorrió su nuca. Respiró hondo; casi un suspiro.

Palpó el pétreo vientre con intensa suavidad, casi con ternura, sondeaba concentrado imaginando en su interior. Mediante sus palmas veía a través de la piel. Situó ambas manos extendidas a la altura del útero. Pretendía determinar si el niño se encontraba situado con corrección. Pudo palpar de esta guisa una superficie blanda e irregular que concluyó debían ser las nalgas. La posición era por tanto la esperada. Después, repitió la maniobra situando esta vez sus amplias manos a ambos lados del fértil vientre materno. Con ello averiguó a qué lado estaba la espalda y pudo situar las piernas. Acto seguido, en gesto virtuoso acariciando con armonía las cuerdas, sus certeras manos se dirigieron a la parte más baja del útero, esperaba encontrar una superficie dura, lisa y redonda.

Así fue. Allí se encontraba la cabeza.

Sin dilación, ejerció entonces una leve presión en dirección a la pelvis. Estaba bien encajado, dispuesto para abrirse camino hacia la vida. Puso una mano en la sudorosa frente de Leonor comprobando su temperatura corporal. No parecía excesiva. Verificó la aceleración usual de las pulsaciones tomando con ternura la muñeca de su esposa.

El parto era inminente.

Se inclinó hablándole con proximidad y cariño, casi susurrando, transmitiéndole serenidad:

—Leonor. Escuchadme. Quiero que cambiéis de postura. Colocaos según os indique. Ello no eliminará los dolores del parto por completo, pero los mitigará y os ayudará a sobrellevarlo. Daos la vuelta y poneos de espaldas. ¡Así con cuidado! Flexionad con ligereza las rodillas. ¡Poco a poco! ¡Despacio! Apoyad la planta de los pies. Y ahora con determinación: ¡Empujad! ¡Más! ¡Contra el pie de la cama! ¡Así! ¡Con fuerza! ¡Así! ¡Muy bien!

»Procurad respirar. ¡Bien! ¡Perfecto! Confiad en mí. Relajaos, respirad y confiad.

Elevó las nalgas de la parturienta colocando debajo, con extrema delicadeza, un mullido cojín y una manta de lana doblada. Pretendía facilitar con la aparatosa pero eficaz maniobra el que parecía inminente nacimiento de su vástago.

Retrocedió unos pocos metros sin retirar en ningún momento la vista de su esposa. Miró. Observó. Esperó. Suspiró. Serían unos largos minutos,

quizás horas, pero pronto, muy pronto, todo habría finalizado y podría sujetar a su primer retoño entre sus fuertes brazos, mirarle a los ojos, sonreírle.

Era curioso el misterio de la vida. Años y años de dedicación estéril para lograr crearla de forma artificial cuando resultaba tan sencillo obtenerla por los medios naturales. Estaba convencido que se podían emular las condiciones necesarias para repetir el proceso de forma artificial. A ello dedicaba su vida y su empeño. Pretendía vigilar, limitarse a observar. Si solo actuaba de espectador, de padre, sería perfecto. Si tenía que actuar de médico, lo haría obedeciendo a alguna emergencia que nadie deseaba hiciese acto de presencia.

—Aquí está el agua y la manteca templada que me habéis solicitado— afirmó la angelical Francisca al volver a la estancia.

—Os lo agradezco. Dejadlo sobre la mesa.

—También he traído paños y sabanas limpias.

—Perfecto. Está muy bien. Es todo lo que necesitamos.

—¿Qué tal está Leonor?

—De momento, bien. Parece que está dilatando, pronto estará aquí.

—¿Qué podemos hacer para ayudar?

—Nada. Esperar. Tal vez rezar.

Leonor volvió a gritar. Esta vez con mucha más fuerza. Dolía. Empujaba con considerable brío. Como si quisiese que aquello acabase cuanto antes. Como si pudiese, con su esfuerzo vano, acelerar el curso de

lo natural, de lo inalterable.

Bartolomé volvió a aproximarse en silencio y sujetó de nuevo su frágil muñeca tomando las pulsaciones. A la vez, seguía susurrándole palabras de ánimo, de consuelo. Insuflando valor y aliviando con ellas el terrible y ascendente dolor que ya era insuportable. Ella ya no sentía nada. No podía escuchar. No podía hablar. Su cuerpo tomaba el mando y gobierno absoluto en su vida. Abriéndose en canal, desgarrándose sin control.

Sudaba. No hacía calor pero no dejaba de sudar. Sudar y gritar; gritar, sudar y gemir. Otra punzada. Una más, y más intensa. Su comportamiento animal imperaba, su ser irracional gobernaba. El interior de su cuerpo temblaba con espasmos involuntarios, incontrolables, repetidos. Su útero era dueño de sí mismo, había tomado las riendas y daba instrucciones incluso al propio cerebro. Parecía poseída. Cada nueva contracción abdominal acrecentaba el tormento. El abultado vientre cada vez más duro anhelaba una relajación que se antojaba imposible.

Bartolomé untó su mano con manteca y exploró de nuevo, esta vez por dentro. Palpó a conciencia el cuello uterino de su mujer y observó afligido que la dilatación no era suficiente. Torció el gesto contrariado. «Tendré que intervenir como médico», pensó.

Mal presagio.

Tomó uno de los paños limpios, lo humedeció empapándolo en el agua caliente y lo situó sobre el vientre desnudo de su esposa. Esta operación no serviría para solucionar el problema de la deficiente dilatación pero ayudaría a calmar los dolores, y ser-

viría para esperar un poco más. Ganar tiempo con la esperanza de que dilatase lo suficiente. De lo contrario, de no ser así, tanto la madre como su fruto peligraban.

—Francisca, ayúdeme por favor. Humedezca otro paño renovándolo con cierta continuidad y que permanezca caliente.

Repitió una y otra vez la operación durante casi una hora. Anhelando que dilatase lo suficiente. Más agua caliente, más paños, más gritos, más sudor, más suplicio.

El vientre hinchado se exhibía duro, muy duro. Ardía. Quizás tuviese fiebre. Más peligros. Más miedo.

Bartolomé comprobó de nuevo mediante una exploración vaginal el estado de la dilatación. Seguía siendo insuficiente. Resopló, nunca fue creyente, mas cerró los ojos con fuerza en ademán de oración. No quería rezar. No sabía rezar. Pretendía alejar lo que con claridad veía y adivinaba. Insuflándose valor siguió adelante reflejando su rostro la tensión.

—¿Leonor, podéis levantaros? Es conveniente que os incorporéis. Pasead un poco por la estancia. El movimiento y la verticalidad nos serán de gran ayuda.

Ella obedeció sumisa, sin fuerzas, con la mirada extraviada y una significativa mueca de sufrimiento en el rostro. Se levantó ayudada por Bartolomé y

Francisca. Encorvada. Dominada por su propio cuerpo que sufría y se convulsionaba de manera autónoma.

Dio una vuelta despacio a través de la estancia. Sin prisa. Y otra más al finalizar la anterior. Continuaron así unos minutos. Andando despacio. Casi reptando a lo largo de la alcoba. Nada parecía cambiar. Cada vez sudaba más. La fiebre, ahora ya, resultaba evidente.

Temblaba. Aquel calvario parecía eternizarse. Sufría.

Con el extenuante paseo Bartolomé pretendía acelerar el proceso de dilatación. Recordaba haber leído algo al respecto en algún tratado islámico de medicina, y se agotaban los recursos. Temía por la vida del embrión. Podía nacer asfixiado si su madre no dilataba lo suficiente cuanto antes. A su vez, crecía su preocupación por el proceso febril que sufría la madre, y que aumentaba por instantes. Mal síntoma. Nada halagüeño.

—Volved a acostaros como antes. ¡Ánimo Leonor! Seguro que ahora ya podéis.

Volvió a tumbarse. Volvió a empujar. Volvió a gritar. Volvió a padecer. Aquel martirio ya era parte de su vida y lo asumió suyo.

Bartolomé palpó la parte baja del vientre: duro, liso, redondo. Comprobó con un sutil movimiento que estaba encajado a la perfección, llegaba el momento esperado. Introdujo de nuevo la mano en la vagina. La dilatación no era la adecuada pero era suficiente.

Debía serlo. «¡Empujad!», pensó: «¡Empujad con fuerza!». Y ella obedecía como si le estuviese escuchando. Y empujaba con fuerza rítmica. Y dilataba un poco más. Sería suficiente. Tenía que serlo.

Con la mano derecha y la ayuda de un paño de gasa fina protegió el periné. Con la mano izquierda y con toda su fe ayudó a su hijo a sacar la cabeza al mundo. A vivir.

Comprobó que el cordón umbilical no envolvía el cuello del retoño, y respiró entornando los ojos. Ayudó con ambas manos a que pudiesen salir del todo los hombros. Certero giró las mismas y tiró con firmeza lo necesario, lo justo. Ya estaba aquí.

Cortó el cordón con destreza. Reanimó al recién nacido. Buscó preocupado, los cerrados ojos de su esposa. Encontró en el camino los emocionados ojos de Francisca que observaba fascinada sintiendo involuntaria idolatría para con Bartolomé. Sonriendo sin pretenderlo, le entregó su hija. Hizo un ademán indicando que la lavase. Era una niña. Era su niña. Volvió a mirar a su mujer. Estaba inconsciente. Aquel mal síntoma no le gusto. Tocó su frente. Caliente, muy caliente. La fiebre era alta. «Soy médico», pensó: «Tengo que saber qué hacer. Debo salvarla. Pero... ¿cómo?». No podía salvarla. Estaba petrificado, angustiado, vacío. La garganta anudada, los ojos brillantes, el estómago revuelto. Había visto esto otras veces. Fiebre tras el parto. Fiebre y hemorragia.

Y siempre el mismo final. Siempre impotente al suceder lo inevitable, al no poder frenarlo. Al dirigirse al padre: “lo siento”.

Tomó de nuevo entre sus manos, con suavi-

dad, la inerte muñeca de su esposa. Un pulso muy débil, casi inexistente anunciaba el desenlace. Sus ojos aún se resistían a llorar pero el brillo húmedo de los mismos presagiaba que lo harían de un momento a otro.

La sangre fluía incontrolada. Intentaba taponarla con paños deteniendo el destino. Se iba.

El hilo de la vida parecía roto. Y ella se marchaba para siempre.

No podía hacer nada. Ya sin ninguna fe, insistía y seguía taponando la hemorragia con todas sus fuerzas, con todo su amor, pero ella ya no estaba. Y aun así, continuó apretando con toda su alma.

Tras unos minutos interminables, tomó de nuevo el ya inexistente pulso.

Lloró.

CAPÍTULO II

JULIO DEL AÑO DE NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO DE MLXC

VILLA DE UNCASTILLO

La noche se detuvo una vez más, perdida entre la vigilia y el sueño, en esa fase de duermevela en que se mantiene viva la consciencia, aunque se pierde la conciencia. Era una de esas veladas de insomnio que pasan sin pasar, avanzando a hurtadillas. Y cuando ya no lo esperas: te sorprende la madrugada.

Francisca dormía a su lado. La tenue iluminación azulona le permitía vislumbrarla. Desearla. La luna llena veraniega se derrochaba generosa en aquella cálida noche.

Bartolomé, embelesado, contempló a su compañera. Tenía a su disposición toda aquella estática noche de julio. La admiró con deleite, sin prisa, aprovechando la falsa sensación de vivir sin apremio.

La fina camisola de lino, casi transparente, ceñida a su cuerpo como una segunda capa de piel, permitía apreciar con precisión su voluptuosa figura. Sus piernas, firmes y bien contorneadas, daban lugar a la sinuosidad de caderas imposibles rematadas por una esbelta cintura. Sus nalgas prietas, impecables, redondas, servían de origen a la perfecta espalda en tabla. Los hombros rectos, y el cuello estilizado de garboso acabado, culminaban su escultural complejión. Lucía a su vez, con imposible recato, exorbi-

tantes senos: desafiantes, altivos; incrementados por su condición actual: manantial y sustento de sus crías. Coronados por dos enhiestos fresones. Apetitosos para sus niñas y para cualquier semejante que hubiese gozado de tenerlos a su alcance. Bartolomé contemplaba a Francisca con satisfacción, recreándose con la agradable visión que tamaña belleza le proporcionaba.

Jamás sintió ese placer observando a Leonor. Ni siquiera recordaba haberle dedicado esa atención. Su anterior esposa no provocaba en él aquel apetito insaciable. Parecía estar hechizado. Hechizos de amor. No pudo evitar sentirse apesadumbrado pues ella ya no estaba. Solo hacía siete meses de su muerte y los simples recuerdos aún le atormentaban. La ausencia de Leonor le afligía.

La presencia de Francisca le animaba. Ejercía un poder fascinante sobre su ser, estimulaba su creatividad, acrecentaba su laboriosidad, encendía su deseo, adormecía sus iras, y enardecía su generosidad. Vivía más, viviendo lo mismo. Más y mejor.

Y aun colmado de dicha apenas sonreía, pues volvía a pensar en Leonor. De nuevo afloraba ese sentimiento tenaz, recóndito, intenso; combinación de tristeza, culpabilidad, remordimiento y pena. Se sentía desleal e infame por ser feliz. Solo tenía derecho a ser desgraciado lamentando su infortunio. Pero no pudo contener la violenta fuerza de la naturaleza humana desbocada. No supo evitar lo inevitable. Tampoco quiso. Ni quería.

Volvió a observar la cada vez más hermosa mujer que dormía junto a él.